

Una tradición para el Carnaval de Cabezarrubias

«Había un vez un pueblo, que vivía el carnaval como algo nacido de las raíces más profundas de la tradición.»

Este podría ser el comienzo de un relato que tratara de buscarle algún sentido a esta celebración que anualmente tiene lugar en Cabezarrubias del Puerto. Y es que realmente habría que remontarse a unos orígenes quizá demasiado lejanos, para tratar de explicar algunas de las situaciones que se contemplan en tan singular y pintoresca fiesta. Y aunque sin duda hacerlo sería un trabajo interesante, de momento voy a limitarme a transcribir lo que vaya sucediendo

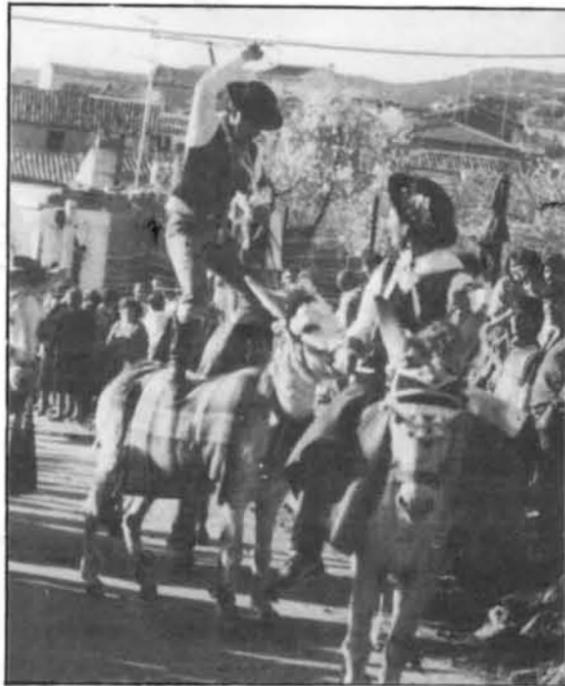
El Carnaval en Cabezarrubias, comienza un viernes de un largo fin de semana que acabará en martes. En este día, aunque el ambiente de fiesta no ha comenzado aún, ya se nota una cierta presencia que anuncia el final de la espera.

Es ya de noche, cuando los quintos, mozos del pueblo que entran en quintas este año, irrumpen alegres en el silencio embriagando con sus cantos la tranquilidad respirada por calles y bares, al grito de «...quinto peluso...». Llevan semanas planeando su fiesta, sí, digo bien, su fiesta. Pues ellos son y han sido durante años los protagonistas de cuanto sucede en estas fechas. Y otro año más tienen que asombrar a sus convecinos y demostrar que son capaces de divertirse divirtiéndose.

Como es ya costumbre, les acompaña una garrafa que no se separará de ellos ni un solo momento, durante los próximos tres días. Una garrafa inundada de un líquido viscoso, de color normalmente rojizo, de fabulosa entrada y agradable sabor. Una bebida laboriosamente preparada con el ingenio de los quintos, un par de litros de picar día, tres pellizcos de alegría y un no sé qué será, que enrojece los rostros y alivia las penas.

Armados de «valor», los quintos se disponen a acometer su carnaval, bajo el nombre de «la quinta del pollo güay». Son tres días a tope, que no olvidarán nunca, tres días que terminarán agotados el Martes de Resaca.

El sábado y el domingo los pasarán, bebiendo y comiendo, cantando y bailando, contagiando su alegría y buen humor a todos los que en éstos contemplan que un día fueron ellos los protagonistas. A los que ansían llegar a serlo de aquí a unos años y a todos aquellos que se dejan embaucar por la irresistible garrafa.



Mozos de quinta continuando la tradición.
Foto. J. M. Vázquez

También darán la nota de color a las demás manifestaciones del carnaval de este año, los grupos de disfraces, las murgas, manifestaciones que forman parte de un carnaval menos tradicional en Cabezarrubias, pero que año a año están consiguiendo reforzar esta fiesta.

A las «diecitantas» garrafas se hizo lunes, el gran día por excelencia del carnaval en Cabezarrubias. Hoy el pueblo amanece cambiado. Los quintos durante la madrugada se han utilizado árboles colocados por doquier, y una gran pancarta a la entrada del pueblo que dice:

«...la quinta del pollo güay os saluda...»

Es día de sol brillante. Huele a resaca inundando las calles. Un silencio expectante domina el aire. Buen día para el «DESCABEZO». Hacia las cuatro de la tarde está anunciado el comienzo de esta pintoresca celebración. Celebración que en un pasado ya lejano, consistía en que los mozos de quintas ataviados de gala, y a lomos de engalanadas caballerías, descabezadas unas gallinas vivas colgadas de una cuerda por las patas.

Hoy, alrededor de treinta años más tarde, las gallinas se han cambiado por unas cintas enrolladas en carretes y las caballerías se han cambiado por borricos y mulas. Lo que no ha cambiado es el atuendo de los quintos, quienes siguen llevando el pañuelo bordado, el chaleco negro y el sombrero alicaído con el puro pegado. Por cierto, ¿qué sentido puede tener el dichoso puro? Todo forrado con hilos de colores y una flor encima, no parece ser sino el soporte que da forma el adorno. Pero sería curioso descubrir que no es así.

Son ya las cuatro y los quintos están al llegar. Todo está preparado, sólo faltan ellos, «...ya vienen...», dice alguien, cuando a lo alto de la calle aparecen

cantando a borrico, engarrafados de tres días, los quintos del Pollo Güay. Pasarán por debajo de la cuerda cogiendo cintas durante una hora y pico, cantando canciones roncadas, armados con tenedores y pinchos, eufóricos por los aplausos y los «viva los quintos», que repetidas veces escucharán. Tendrán que hacer malabarismos con las monturas para sortear el sinfín de máscaras que participan de la fiesta.

Se cogió la última cinta y a lomos del carnaval parten los quintos a iniciar un recorrido por sus casas en donde degustarán los obsequios de su familias. Recorrido éste, bastante ajetreado, esperado y también temido, pues es difícil mantener el equilibrio en las inquietas bestias después de las primeras copas. Se producen algunas caídas que no por aparatosas pasan de ser simples anécdotas divertidas

Mientras los quintos reposan apenas una hora, las madres han preparado una succulenta cena a base de pollo, y cordero, todo ello espléndidamente cocinado y regado con la alegría que todavía queda en la garrafa. Invitados, quintos y padres disfrutaban de los manjares y reponen fuerzas para continuar la larga noche que les espera.

En otro punto del pueblo, en el baile, la música del grupo local deleita a los presentes con viejas canciones de siempre, mientras se espera con ansiedad la aparición de la comitiva de quintos y madres, elegantemente ataviados que harán acto de presencia de un momento a otro. No cabe un alma en el local. Incluso es difícil transitar por la puerta del local momentos antes de que dé comienzo el llamado «baile de las madres»

Un fuerte aplauso y un sinfín de vivas, dan la bienvenida a las parejas formadas por mozos y madres y las notas de un pasodoble ponen ritmo a los pasos ya tradicionales de un baile que año tras año llenó de color la noche carnalera del lunes del escabezo en Cabezarrubias del Puerto. Noche que pone punto final, entre canciones y concursos, resacas y bailes a unas fiestas populares que ya son tradición en este pueblo.

Queda la espera del año que viene, los mozos ya están haciendo planes, las madres han tomado nota y los quintos de este año, «la quinta del pollo güay», con la garrafa vacía y los posos en la garganta cantan la última canción:

«Carnavalito se viene
carnavalito se va,
y nosotros nos iremos
y no volveremos más.
Estos carnalitos
son pa nosotros,
los del año que viene
serán pa otros.»

JUAN MANUEL VÁZQUEZ